

A fin de que todo suceda bien y á medida de Nuestros deseos, pidamos el auxilio de lo alto; y ante todas cosas acudamos á aquella fuente perenne de divina gracia, el *Corazon* Santísimo de Nuestro Salvador Jesucristo, á quien rendís vosotros principales y antiguos cultos. Imploramos el patrocinio de María Inmaculada Madre de Dios, de cuya singular proteccion se gloria el reino Lusitano; imploramos tambien el patrocinio de vuestra Isabel, la más santa de las reinas, y el de los santos mártires que desde los primeros tiempos de la Iglesia derramaron su sangre per establecer ó propagar la fé cristiana en Portugal.

Entre tanto, en testimonio de Nuestra benevolencia y en prenda de los dones celestiales, á vosotros, al Clero y á todo vuestro pueblo os impartimos afectuosamente en el Señor la Bendicion Apostólica.

Dado en San Pedro de Roma, á los 14 dias del mes de Setiembre del año 1886, Noveno de Nuestro Pontificado.—LEON, PAPA XIII.

(Traduccion de los EE.).

Quo autem omnia ex voto ac prospere cedant, caelestem opem deprecemur; in primisque perennem illum divinae gratiae fontem adeamus, Cor sanctissimum Servatoris nostri Iesu Christi, cuius viget apud vos religio praecipua et vetus. Patrocina imploremus Immaculatae Dei Genitricis Mariae, cuius singulari tutela Lusitanum regnum gloria-tur: item Elibethae vestrae, feminarum regiarum sanctissimae, sanctorumque martyrum, qui vel a primis Ecclesiae temporibus profuso sanguine rem christianam in Lusitania constituerunt vel auxerunt.

Interea testem benevolentiae Nostrae et caelestium donorum auspiciem, Benedictionem Apostolicam vobis et Clero populoque vestro universo peramanter in Domino impartimus.

Datum Romae Apud S. Petrum die XIV Septembris An. MDCCCLXXXVI, Pontificatus Nostr iNono.—LEO PP. XIII.

## LEON XIII Y SU PONTIFICADO.

APUNTES HISTORICOS.

INTRODUCCION.

La Iglesia es la más vasta sociedad de seres inteligentes y libres, es la sociedad de las almas, es la reunion, ó más bien la *comunion* de los fieles bautizados en nombre de Jesucristo y que profesan la doctrina de Jesucristo, bajo el gobierno instituido é inspirado por El mismo para aplicar á la humanidad regenerada los méritos de la redencion; formada en todas las patrias sin destruir á ninguna su dominio moral es la humanidad, su territorio material el mundo entero; sociedad de fieles alimentados con la misma sávia divina tomada de los mismos sacramentos, su Cabeza visible es el obispo de Roma, su cabeza invisible el mismo Jesucristo, el Hijo de Dios, Verbo de Dios por toda la eternidad. (1)

Contemplándola desde cualquier punto de vista, siem-

(1) P. Félix. *El progreso por medio del Cristianismo*: t. XIV, conf. 1.<sup>a</sup>  
I.



pre se nos presenta con ese orden gerárquico que tiene en el primer grado de su gerarquía al párroco, en el segundo á los obispos, en el más elevado al Romano Pontífice: en los dos flancos de esta institucion admirable van á juntarse en la misma cumbre familias religiosas y legiones apostólicas creadas para la oracion ó armadas para la conquista; y en la base de ésta pirámide de sagrados misterios millones de hombres señalados con el mismo bautismo; y todos, gobernantes y gobernados, *do centes* y enseñados llevan el nombre para siempre ilustre de *católicos*.

El fin propio de esta sociedad sobrenatural es conducir á las almas de esta vida hácia otra vida más alta, último fin y glorificacion suprema del hombre: solo ella tiene las llaves del reino de los cielos. Para alcanzar este fin cumplidamente tiene una organizacion la más adecuada: sí, la Iglesia tiene su gobierno y aún nos atrevemos á decir, apoyados en el elocuente testimonio de diez y ocho siglos, que por su unidad y disciplina, por su fuerza moral, dignidad, justicia, ciencia y conciencia de la virtud, nada tiene que envidiar á las otras potestades que dirigen el mundo. Carece de los atributos exteriores que demuestran la fuerza de las otras potestades; ni tiene boyonetas ni dispone de acorazados, ni posee cañones Krupp, y sin embargo á la menor señal hace brotar millones de héroes, verdaderas ciudadelas vivientes: en los primeros siglos de su vida, tres millones de mártires le conquistaron en los anfiteatros del paganismo el derecho de mostrarse á la luz del día; en los siglos creyentes de la Edad Media, con el solo llamamiento de los Papas levanta naciones enteras que en apretadas filas se oponen á la barbárie musulmana; hoy día, lo mismo que en su sangrienta cuna, encuentra voluntarios que saben morir; sus legiones de apóstoles, á costa de las penalidades y la muerte llevan la luz de la fé hasta las más remotas extremidades del globo.

En el centro de esta sociedad magnífica, en la cúspide de este monumento grandioso é imperecedero, que con la

amplitud de su base ocupa toda la tierra y con su inmensa altura toca el cielo, sobrepujando las más altas cumbres del mundo religioso; en el suelo romano, en la moderna Sion, en la Ciudad Eterna, providencialmente preparada para tan gloriosa eleccion, asentóse la Cátedra de Pedro para que permaneciese inquebrantable hasta el fin de los tiempos: de allí se ha derramado sobre el universo entero ese torrente de verdades y gracias que por cerca de diez y nueve siglos ha fecundado el campo inmenso en que se despliega bajo todas sus formas la actividad del género humano rescatado.

×

A la vez que el sucesor de Augusto, Augústul, es arrojado del trono por un bárbaro, los sucesores del rudo pescador de Galilea van á salvar el mundo, á convertir á los bárbaros, á trasformar la sociedad: muere el imperio de los Césares, y se levanta el de los Papas.

Y bien, los Papas fundan sobre las ruinas del mundo pagano las naciones modernas; protejen las ciencias, las artes, y todo linage de útiles descubrimientos; se oponen al despotismo de los reyes en pre de los intereses de los pueblos; reprueban constantemente las demasías de los poderosos; son los autores de las Cruzadas, de la Tregua de Dios, de la abolicion de la esclavitud; crean en fin, la civilizacion cristiana con su espíritu de verdadera libertad y de verdadero progreso, con sus aspiraciones á todo lo noble y generoso, con todas sus grandezas y maravillas.

¿Cómo no recordar con entusiasmo, que excomulgando á reyes como Lotario y Felipe Augusto, conservan la santidad del matrimonio, que predicando la Cruzada contra los turcos, libertan á Europa de la barbárie, que depониendo á reyes como Enrique IV de Alemania, impiden la resurreccion del cesarismo pagano?

¿Cómo olvidar que fundan y protegen las Universidades, que contienen en lo posible las guerras y las revoluciones,



que son un freno para los príncipes y una égida para los pueblos? ¿Cómo olvidar que hay un siglo de Leon X, como hay un siglo de Augusto; que Nicolás V contribuye, aún más que el mismo Leon al progreso de las letras, que en plena Edad Media ocupa la Cátedra de San Pedro un Papa tan sabio como Gerberto? ¿Como no prosternarse ante la figura de Gregorio VII, una de las más grandes que han gobernado la Iglesia, ante la que aparecen pequeños todos los grandes génios que el mundo admira, la que hizo decir al primer Bonaparte: "Si yo no fuera Napoleón querría ser Gregorio VII?"

El solo, astro brillantísimo del cielo de la Iglesia, bastaría á iluminar con vivos resplandores la Cátedra de San Pedro, aunque no tuviese por compañeros á San Julio I, que con tanto valor defiende la fé católica entre los herejes, á San Leon el Grande, que detiene á Atila y Gensericco en el camino de Roma, á Adriano IV, que resiste con la firmeza de un héroe las violencias del emperador Federico I, á Inocencio III, que eleva el trono pontificio á altísimo grado de esplendor, á Bonifacio VIII, el enérgico adversario de Felipe el Hermoso, á San Pio V, el vencedor de Lepanto, á Pio VI, el mártir de la revolucion francesa, á Pio IX, el mártir de la revolucion universal. De suerte que la obra de los Papas comienza en la Roma prostituida de los Césares y continúa hoy, á pesar de los inmensos obstáculos que encuentra en su camino. (1)

El pontificado, cual viviente fanal, no ha cesado desde San Pedro de iluminar el camino señalado á los hombres, de trazar infaliblemente los límites del círculo en que deben moverse los espíritus para quedar asegurados contra las seducciones del error; roca indestructible, el Pontificado desde San Pedro ha gozado constantemente del privilegio de prestar el apoyo considerable de su fuerza divina

(1) FERREIROA: *Leon XIII y la Situacion del Pontificado*. Madrid, 1878.

á quien quiera que necesitase de su auxilio, protegiendo sin descanso al débil y al oprimido, sosteniendo á los hijos de Dios donde quiera que luchasen por el bien, dispensando el socorro de sus tesoros sobrenaturales á todos los que han tenido hambre ó sed, ya fuesen individuos, familias ó sociedades.

×

La Revolucion ha hecho creer al mundo lo contrario: lo que es luz ella lo llama tinieblas, lo que es fuerza lo denomina debilidad; y los hombres, al ménos muchos de ellos, se han dejado sorprender por esta calumnia funesta; pero su ingratitud suprema ha dado tempranos frutos, porque la peor confusion doctrinal y la más deplorable esterilidad están demostrando lo que se pierde con desconocer la verdadera luz y con repudiar la verdadera fuerza.

Existe, sin embargo, el médico que ha de curar las llagas de la sociedad moderna; es aquel que ha determinado con infalible diagnóstico el mal que ella padece, el que ha denunciado sin dudas ni vacilaciones las sustancias con que fué envenenada, el que sin cesar ha pronunciado al oído del enfermo las amenazas más rigurosas ó los más amantes reclamos; el que está presto, tan luego como el paciente quiera, á aplicar el balsamo saludable cuyos efectos se han de sentir bien pronto; es el sucesor de esos hombres que merced á la asistencia divina salvaron en otros tiempos á la Europa de la barbárie, fundaron la república cristiana, rechazaron la invasion musulmana, extendieron por todas partes el reinado de la civilizacion y constituyeron los elementos de esa misma civilizacion; es, en una palabra, única y eminentemente el Soberano Pontífice.

Esa conviccion, arraigada en los hombres pensadores y generalizada en los pueblos, puso en expectativa al mundo á la muerte del gran Pio IX: pocos acontecimientos habrán llamado la atencion con más viveza, ni agitado los ánimos tan profundamente, ni convidado á reflexiones más graves, ni abierto más ancho campo á conjeturas y pro-



nósticos como el fallecimiento del Pontífice mártir, porque las circunstancias en que entónces se encontraban la Iglesia y el Pontificado eran muy excepcionales. Aprovechándose la Revolución años atrás de la retirada del ejército francés que protegía á Roma, completó el curso de sus sacrílegos atentados; al mismo tiempo que los prusianos sitiaban á París, las pocas provincias que habian permanecido bajo el gobierno de la Santa Sede fueron invadidas, y al fin penetraron los piemonteses en la Ciudad Santa, por la brecha de *Porta Pia*, el 20 de Setiembre de 1870. Víctor Manuel se apoderó del Quirinal, antiguo palacio de los Papas, mientras Pio IX quedó reducido á la estrecha cárcel del Vaticano, en donde se le dejó una apariencia de irrisoria libertad. Los gobiernos protestaron con tan poca energía contra estas violencias, que su protesta solo sirvió para hacer más atrevida á la impiedad, y como la revolución continuara impeliendo al rey Víctor Manuel, éste acabó por tomar posesion el 2 de Julio de 1871 de la capital del mundo cristiano como de su propia capital. Consumada esta iniquidad que arrebató al Pontífice su patrimonio temporal, llovieron sobre Pio IX nuevas amarguras; de suerte que al pasar de esta vida á la gloria que Dios le reservara en la otra, las principales potencias europeas habian roto sus relaciones diplomáticas con el Vaticano. La triunfante Alemania, recién elevada al rango de imperio, habia proclamado su *Kulturkampf*, haciendo á la Iglesia cruel persecucion; Rusia, tambien triunfante en Turquía, amenazaba á Europa con su preponderancia á la Iglesia con sus armas, con su *nihilismo* á la sociedad; en Francia, Italia, Suiza y Austria, empezaban á hacer activa propaganda los socialistas y la dinamita habia reemplazado al petróleo en sus tristes y atentatorias funciones; reinaba grande inquietud en la India y se preparaban inmensos trastornos; la eterna cuestion de Oriente tenia en expectativa á los gobiernos y á los pueblos; todo era, en fin, inquietud, zozobra, alarma, así en los dominios de la

política, como en las esferas religiosa y social. Fué, pues, una gran complicacion la muerte de Pio IX y muchos creyeron llegado el momento en que debia perecer el Pontificado, y aún así se anunció en todos los tonos.

X

Pero, como dice con brillante expresion un elocuente escritor, cuando se reflexiona sobre lo presente y lo porvenir, no con las prevenciones del espíritu de partido, ni con sueños de vanas utopias, ni con el apocamiento que liga el ánimo á un pequeño círculo de espacio y tiempo, sino con la luz de una sana filosofia, la enseñanza de la historia, y sobre todo con la fé en el entendimiento y la esperanza en el corazon, se descubre algo de sorprendente y sublime en la marcha de la humanidad, descollando entre los objetos más dignos de contemplacion, el poder espiritual y el dominio temporal de la Santa Sede. En los temores que tan fácilmente asaltan el animo del débil mortal, en aquellas ansiedades con que nos angustia la vista de un suceso turbulento, la historia desenvuelve sus magníficas páginas y nos consuela y tranquiliza ¿Dónde está el imperio de los señores del mundo, que enviaban al suplicio á los santos Pontífices de los tres primeros siglos? No existe; y el Pontificado permanece. ¿Dónde está el imperio de aquellos reyes bárbaros que talan, devastan, incendian la Iglesia y Roma? No existe. ¿Dónde está el imperio de los sucesores de Carlo Magno, que ora apoyan, ora combaten á la Santa Sede? No existe; y el dominio de la Santa Sede dura todavía. ¿Dónde está la obra revolucionaria de Arnaldo de Brescia y su restablecimiento de la antigua república en Roma? Disipóse como el humo; y aún dura el Pontificado. ¿Dónde están esas repúblicas de Italia que se prometian la inmortalidad á la sombra de la libertad y de la independencia? No existe; y la soberanía de la Santa Sede ha llegado hasta nuestros dias. ¿Dónde están las fundaciones políticas, los establecimientos dinásticos de Carlos V, de Francisco I, de Felipe II y de sus sucesores? Se disiparon;



y la soberanía temporal de la Santa Sede ha durado hasta el siglo XIX. ¿Dónde están las obras de los generales de la república francesa, dónde las de Napoleon, las repúblicas, los reinos, las confederaciones que diseñaba con la punta de la espada el irresistible vencedor? No existe; y la soberanía incomparable de los sucesores de Pio VI y Pio VII dura todavía. Esto en Italia: ¿y qué ha sucedido en el resto del mundo? ¿Pueden contarse las formas políticas que han caducado, las dinastías que han perecido, los reyes que han sucumbido, las repúblicas que han perdido su libertad, las nacionalidades que han muerto, los imperios que se han desplomado? Y sin embargo, en Roma, combatida por el error, las pasiones y los potentados, dura la Santa Sede; en Roma, asolada por los bárbaros, tomada por los emperadores de Alemania, asaltada por las tropas de Carlos V, sometida por la república francesa, sojuzgada por Napoleon, agitada por los carbonarios, en esa Roma de 1846, al advenimiento de Pio IX, la soberanía temporal de la Santa Sede dura todavía; y si al fin del reinado de tan glorioso Pontífice los sacrílegos piamonteses huellan con su grosera planta el sagrado recinto del Quirinal, como lo hollaron los soldados de Radet en 1809, y convierten en Prisionero á Pio IX como convirtieron en mártires á Pio VI y Pio VII; no pueden acabar con la admirable institución del Pontificado: grande enseñanza para no aplicar á *Roma capital* en lo futuro el argumento de analogía sin mucha cautela, sin numerosas correcciones; grande enseñanza que suspende el ánimo y lo pone sobre sí, para considerar que hay en Roma algo singular, que hace fallar los cálculos de la política humana; grande, convincente enseñanza, pues no se funda en utopías sino en hechos, los que si parecen acaso sueños de poética fantasía, son una incontestable realidad histórica.

x

Y bien: en nuestros días, en estos supremos momentos en que la revolución, semejante á río desbordado todo lo

inunda, ¿quién la contiene, quién es capaz de contenerla? ¿quién impide su crecimiento, quién la opone fortísimo dique? El Papa y solo el Papa.

La inspiración de lo Alto no deja un solo momento de asistir á la Iglesia Católica y á su Cabeza visible, porque les acompañan las promesas divinas, con las cuales el Pontificado continúa y continuará viviendo próspero, lozano y floreciente: por lo mismo, cuando uno de sus héroes desaparece de la escena del mundo, para entrar en la gloria perdurable, el Espíritu Santo designa otro que le sustituya, para que se continúe en la nueva Jerusalem el reinado de Dios, siempre idéntico á sí mismo y adecuado siempre á las circunstancias y á los tiempos.

Así, ¡después de Pio IX viene Leon XIII!

Quizás se pueda emplear aquí un dicho del conde de Maistre: esto no es un acontecimiento es una época. Meditemos sobre ella sin prevención, sin pasiones, con amor á la verdad: nos presenta un espectáculo magnífico, con una novedad que asombra, una complicación que aturde, una magnitud que anonada; hay en él algo que entusiasma y arredra. Para describir, siquiera sea á grandes rasgos, la vida de este Pontífice, para apreciar debidamente su gloriosa empresa, necesitariase la poética inspiración del Dante al celebrar el jubileo universal de 1600 y la profundidad de pensamiento de Bossuett al escribir su Discurso sobre la Historia Universal; necesitariase la brillante pluma de los escritores ascéticos españoles del siglo XVI, porque en esta vida preciosa, en este glorioso Pontificado, salen al paso la historia con sus lecciones, la experiencia con sus desengaños, el porvenir con sus nubes, la sociedad con sus necesidades, la revolución con sus exigencias, lo antiguo que se cae á pedazos le nuevo que lo invade, que amenaza, que á veces se desborda; la fé con sus firmezas, la esperanza con sus consoladores destellos, la caridad con sus divinos resplandores, que derrama sobre la humanidad bál-



samo saludable; la virtud en todas sus manifestaciones, las más altas, las más puras y radiantes!

Veámos, pues, cómo hoy mismo continúa siendo el Pontificado el eje al rededor del cual giran todos los sucesos; el foco de donde brotan rayos de luz en todas direcciones; la cabeza que dirige al universo católico é influye de manera decisiva en el resto del mundo.

Veámos cómo se desarrolla en el espacio y el tiempo la acción inmortal de la Providencia en su Iglesia, al crecer y desarrollarse en el tiempo y en el espacio la vida vigorosa y llena de plenitud de Leon XIII, la obra colosal y admirable de su Pontificado, que ilumina con divinos resplandores todos los horizontes de la historia contemporánea.

Pero antes de contemplar al sacerdote y al Pontífice veámos al hombre.

## PRIMERA PARTE.

### I.

VICENTE JOAQUIN PECCI.—SUS PRIMEROS ESTUDIOS.

SUS TRIUNFOS ESCOLARES.

Es Carpinetto un pueblo de la diócesis de Anagni, perteneciente á los antiguos Estados de la Iglesia, de unos 3,500 habitantes, situado en el valle del torrente Fosso, sobre una estribacion de los Apeninos y al pié del monte Capreo.

Las calles de este pueblo son estrechas, inclinadas y tortuosas, las casas bajas y de miserable aspecto, amontonadas á veces hasta interrumpir la vía, obligan al transeunte á pasar por unos senderos oscuros y angostos cual si fuesen socavones. En dicha poblacion vivian á principios de este siglo los condes Luis Pecci y Ana Properi, ambos de noble estirpe, descendientes de una antigua familia de Siena establecida en Carpinetto hácia el siglo XV. La mansion señorial de los Pecci, sita en la calle últimamente llamada de Cavour (porque hasta en Carpinetto hay calle de ese nombre), puede pasar muy bien por un palacio y descuella en el cuadro de miseria que la rodea. (1) En

(1) Hé aquí como describía un corresponsal del *Figaro* de Paris el interior de la casa de los condes de Pecci, en 1878, pocos días despues de la eleccion de Leon XIII.

..... El departamento de Leon XIII, situado en el primer piso, está amueblado á la antigua, con cierta riqueza aunque sin os-